



La marca del ausente en el desamparo. Un caso de adopción.

Eje Temático: Responsabilidad y ética del analista de niños y adolescentes

Autores: Lic. Mercedes Díaz, Lic. Natalia Mendonça, Lic. Laura Ramos Grupo Psicoanalítico del Oeste

El material clínico de un niño nos remontará a aquellos primeros momentos constitutivos del psiquismo, al desvalimiento primordial, al desamparo, a aquellos primerísimos momentos donde el cachorro humano necesitó de otro para sobrevivir (Freud, 1895,1926). Nos centraremos en las consecuencias de las fallas en aquellos momentos y en las intervenciones del analista capaces de producir algo nuevo, una “neogenesis” diría Silvia Bleichmar (2000). Veremos cómo las inscripciones de una etapa tan temprana pueden sufrir transcripciones y retranscripciones durante distintos momentos de la vida (Freud, 1896) y lo determinante de que éstas se produzcan durante el análisis.

Juan fue adoptado al nacer. Sus padres se conocieron alrededor de los 40 años. Luego de un corto periodo de no poder concebir, comienzan un tratamiento de fertilización; no obstante, les aconsejan realizar paralelamente los trámites de adopción, dada la edad de ambos.

Varias veces realizan viajes al interior con la esperanza de volver con un bebé. Varias veces queda embarazada pero el embarazo no llega a término. Finalmente los llaman de una provincia lejana, una mujer decidió dar en adopción al futuro hijo. La mamá de Juan viaja embarazada.

Nace Juan y a las 3 horas se lo dieron. “Enseguida lo tuvimos a upa, enseguida conoció nuestros brazos”. A la semana ya estaban instalados en su casa y al poco tiempo pierden el embarazo.

Juan aparece en un escenario familiar donde se espera con mucho anhelo un hijo, a la vez esta madre está embarazada, hay un monto de libido en ensoñaciones maternas en “ese bebé” del embarazo y no todo para Juan. Uno es el bebé del vientre y otro “el de los brazos”. Luego ese embarazo se pierde. Así estos padres pierden el bebé biológico y Juan a su madre biológica.

A los 3 años realizan la consulta derivados por el jardín. Juan no hablaba, pegaba, empujaba. Era mucho más alto y fornido que sus compañeros; sin dificultades se los sacaba del medio si se interponían entre sus objetos de deseo. No tenía ningún miramiento por el otro. Resultaba mucho más difícil la relación ya que sus sonidos no eran palabras, parecían los sonidos guturales que realizan las personas sordo-mudas. “Todo él era descarga”. Los padres, personas muy amables, se mostraban muy preocupados y desbordados por la situación y mostraban una amplia colaboración.

En el consultorio, los juegos de Juan eran de simple descarga, choque de autos, correr y tirarse al piso, desarmar los juguetes sin fin alguno. Se trabajó en forma conjunta con toda la familia, hasta los 5 años. Durante este tiempo los padres hablaban e iban poniendo palabra allí donde no había. Lentamente fue cambiando el juego, hasta que a los 5 años realiza distintos juegos con el bebé de su caja. Se inicia el tratamiento individual al notar la angustia de los padres ante el juego de tirar el bebé por el aire, dejarlo caer y arrojarlo a la caja, por momentos le pegaba, por momentos lo acunaba.

Luego de un tiempo de trabajo con el bebé cambia de juego, toma los animales y los diferencia por ser salvajes o domésticos, los llama los “buenos” y los “malos”. Los salvajes generalmente son de la misma especie, por ejemplo, tres leones o dos tigres. Los domésticos no forman un grupo homogéneo. En un comienzo juega solo, los animales salvajes atacan a los domésticos, los golpean y los lastiman. Luego de un tiempo incluye a su analista en el juego, quien debía representar a un grupo de animales que él le asignaba. No pronunciaba palabras, solo gruñidos o gritos, sonidos guturales; quien podía poner palabras era la analista, que preguntaba, decía sobre el juego, traducía sensaciones y emociones. El juego va variando, los malos peleaban contra los buenos por un cachorro, un

pequeño animal que generalmente pertenecía a la especie de los salvajes, pero estaba en el grupo de los domésticos; los “buenos” por ser domésticos y no tener un cuerpo preparado para ello, no sabían pelear y perdían al cachorro. El juego continúa por varias sesiones, cuando la analista representaba al grupo de los domésticos intentaba defender al cachorro, pero Juan le decía que no podían atacar de esa manera: “No tienen garras”, “Con esos cuernos chiquitos no pueden matar a un rinoceronte” – exclamaba. Una sesión la analista le pregunta por el lugar donde se encuentran ambos grupos de animales, Juan dice que están en la provincia donde él nació. Dramatiza que los malos, los salvajes, también luchaban entre ellos. El cachorro salvaje una vez llegado a la casa de los buenos se comportaba como un malo, mordía, golpeaba. Después de algunas repeticiones fue Juan quien quiso ser el cachorro, mostrando también afecto por los animales domésticos. “¿Vengo de la selva?” se preguntó un día.

Lo mencionado se escenifica en esos sonidos guturales, gruñidos o gritos y como relata su analista “todo él era descarga”, es decir era el modo de SER porque no había palabra que lo nombre y la descarga interminable era el modo fallido y frustrante en que estaba sometido.

Aquí la representación “selva” surge para desplegar una conflictiva del sujeto que estaba silenciada siendo más perturbadora aún. Este silencio era pura descarga de la pulsión que no fue tramitada, era “salvaje” en tanto el deseo no atenuó la descarga. El juego en transferencia fue imponiendo la presencia de ese ausente con toda la intensidad psíquica que padecía en él, y en este proceso, pudo simbolizar. Las intervenciones de su analista generaron efectos de retranscribir aquellas primeras inscripciones. Huellas que pudieron ir tomando estatuto de representaciones, que se fueron ligando, haciendo historia. El juego le permitió expresar y ligar experiencias con palabras.

Luego de unos encuentros abandonó el juego. Paulatinamente comenzó a interesarse por juegos reglados. Este cambio da cuenta de su entrada a la latencia, el desborde pulsional pudo ser simbolizado, las normas, las reglas, la ley entra en escena, ya no es la ley de la selva, hay reglas que regulan las relaciones de objeto.

En este niño que padecía la ausencia de un otro, un otro que lo ha dejado a solas con una pulsión que, en tanto tirana, reina con soberanía en un lugar donde el deseo no fue suficiente; las intervenciones de la analista posibilitaron que esas marcas sean palabras,

generando un superyó menos tirano (Freud, 1923) y un yo capaz de protegerse con pensamientos y palabras, creando marcas de su propia presencia en el mundo del deseo, del deseo de sus padres y del deseo de su analista.



Bibliografía

Bleichmar, S. (2000). Clínica psicoanalítica y neogénesis. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para Neurólogos. Obras Completas, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1896). Carta 52. Obras Completas, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1923). El yo y el ello. Obras Completas, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu

